

LA EDAD DEL MIEDO

POZUELO

TODO empezó con un sueño. Soñé que se acababa el mundo...

«Vaya por Dios, pensó el psiquiatra: otro más que sueña que se acaba el mundo.» Puso su cara de sonrisa

bondadosa, atenta y preocupada, pensando que así ayudaría al supuesto paciente.

—Era... como una degeneración rápida... Los seres humanos, los objetos, los animales y los vegetales iban como perdiendo sus formas, su definición. Dejaban de ser lo que eran, o lo que son. No le puedo explicar mejor: sabe usted que no se ve con nitidez cuando se sueña, y que una gran parte se olvida. Pero era como si la materia se ablandase, perdiese su resistencia; los confines, los límites conocidos, desaparecían... Y los seres y las cosas se iban fundiendo, se pegaban unos con otros y se deshacían juntos...

El médico retuvo algunas palabras: perder su definición, fundirse, resistencia. El supuesto paciente parecía creer que la vida y el mundo son algo duro, bien delimitado y neto y que cuanto todo ello se ablanda, es el final. Le miró con más atención mientras su consultante se apasionaba en su propia angustia escatológica. El mismo era un hombre perfilados, vestido con ropa nueva, planchada y limpia; todo bien colocado, como un maniquí de escaparate de gran almacén. Delgado, ojuelos fosforescentes, pero que quizá estuviesen ya un poco apagados; bastante pelo, con muchas canas. Boca fina y apretada, quizá con esa tensión de quien lleva una dentadura postiza y teme que se le caiga. Esto es, un

hombre en proceso de envejecimiento. Si hiciese un caso rápido y sumario de Freud podría creer ya que el supuesto paciente estaba viviendo el sueño de su propia sexualidad perdida: algo duro y neto que de pronto pierde consistencia y se va fundiendo, ablandando... Por no perder su papel de atento escuchador interesado en el tema, preguntó: «Y usted, personal-



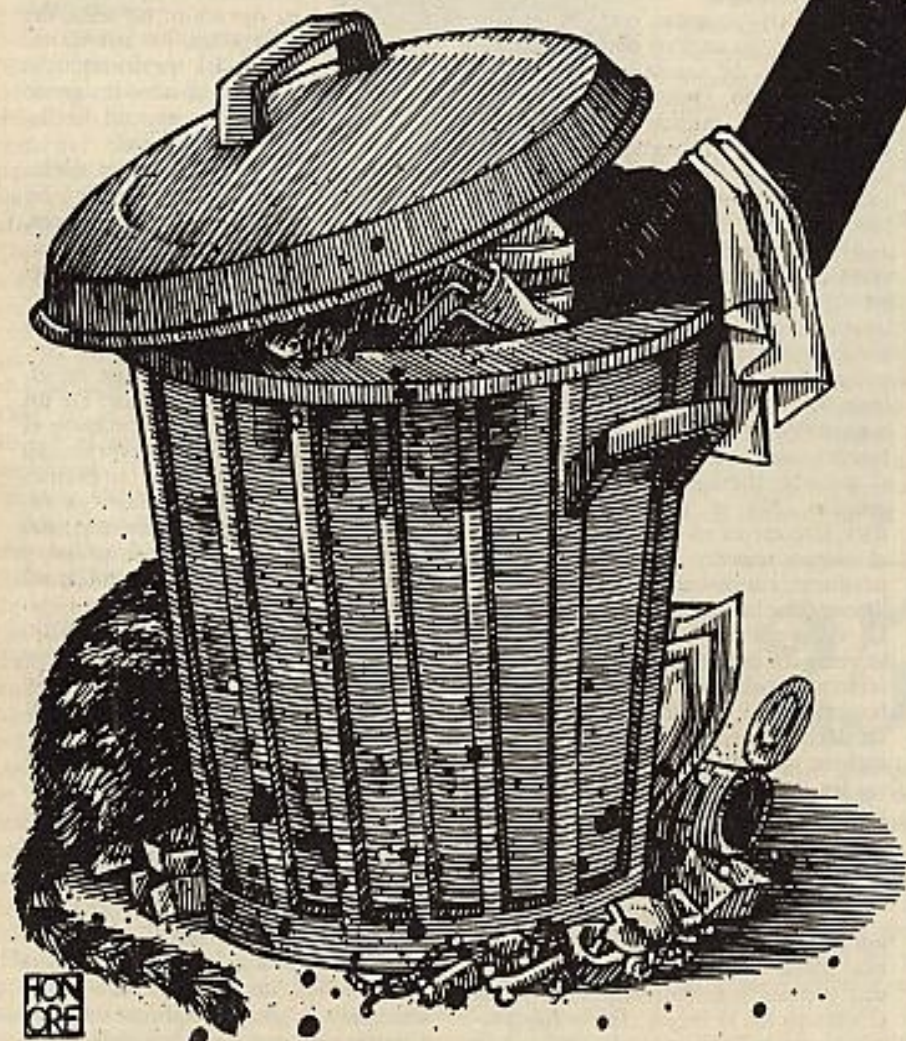
mente, ¿dónde estaba en ese sueño?». Casi esperaba la respuesta que se produjo:

—Algo raro... Dentro y fuera al mismo tiempo. Yo mismo era uno de los seres en estado terminal; pero también estaba fuera de ese mundo, o de este mundo caduco; yo, entero y sin contaminar, lo veía todo como un observador, y me veía a mí mismo desmaterializándome... Creo recordar que mi angustia la tenía situada en el personaje que podemos llamar sano, y no en el moribundo. El que desaparecía se dejaba ir sin consciencia de lo que le estaba pasando; el que observaba estaba lleno de horror por lo que veía y por lo que no podía evitar.

La vejez. El ser humano que se pierde en el magma de la vejez y que al mismo tiempo no quiere aceptarlo; que se desdobra en un viejo real y un joven imaginario que ve el espanto de la vejez de sí mismo como la vejez de otro. Diagnóstico casi hecho. El supuesto paciente no tenía remedio. Se analizó, de todas formas, a sí mismo: ¿por qué supuesto paciente?

Stekel dijo una vez en que se trataba de definir el concepto de enfermo, que «enfermo es todo aquel que acude a la consulta del médico»: el simple hecho de acudir al médico es que se vive uno mismo como enfermo, y si uno se vive como enfermo es que lo está...

—Cuando me desperté, no conseguí quitarme de encima la angustia. Vela el mundo real, neto y claro, de mi alcoba, con sus objetos en su sitio



EL MIEDO

exacto, de todos los días, y la luz entrando por la ventana como corresponde a la hora en que me despierto. Y, sin embargo, la angustia estaba allí.

—¿Duerme usted solo?

—No. Estoy separado hace años, pero ahora vivo con una mujer. La habitación está siempre ordenada, me preocupo yo mismo, y sin embargo, me parecía que ese orden no era el de siempre, que todo había cambiado durante la noche. Mis objetos en la mesilla de noche estaban colocados como siempre, pero ya, cómo decirle, no me parecían míos...

Un sádico anal. Envejecen peor. Fanático del orden, seguramente avaro o, por lo menos, económico. Fijaron su vida en un momento determinado y ya no aceptan las evoluciones. Un perfeccionista en una época en la que todo se descuida y se abandona. Vive probablemente con una mujer más joven que él; la cita de paso, no quiere hablar de ella, se censura; prefiere alargarse líricamente en su sueño de mundo fundido que hablar de su vida real. Podría decirle ahora algo sobre su dentadura postiza, sobre su preocupación por el incumplimiento sexual, sobre la juventud de su pareja, y dejarle deslumbrado por mi capacidad adivinatoria. Pero no le ayudaría en nada. Dejarle hablar, dejarle hablar... Estimularle con alguna pregunta menor. Por ejemplo: «¿Cuánto tiempo hace de ese sueño?».

—Varios meses. No se ha vuelto a repetir, pero la angustia no ha cesado. Empezó justamente en ese momento y ya no me abandona más.

¿Cómo decirle que le empezó mucho tiempo atrás, quizá hace muchos años, y que en ese sueño se liberó esa angustia que reprimía? ¿cómo decirle que no le abandonará nunca más?

—Por el contrario, se acentúa. Todo lo veo como descompuesto. Como si todo hubiera perdido su centro de gravedad, como una maquinaria descompensada. Paseo por la calle y me imagino las personas como muertas: un país de muertos. ¿No ha advertido usted que los españoles sólo se irritan cuando se les quiere sacar de su estado de reposo, de abandono, de nada? Antes no eran así. Las manifestaciones, las huelgas, las protestas, las luchas clandestinas y las que empezaban a apuntar como públicas estaban movidas para salir de un estado catatónico, semejante a la muerte: el español quería vivir. Quería participar. Ahora cada vez hay menos manifestaciones, o están menos nutridas; y casi siempre tienen un aspecto negativo. Son para que no se haga algo, para que no pase algo. Yo me siento en un café y veo pasar muertos...

«Visiones de neurastenia»: me acordé del título de Fernández-Flórez

y de aquel personaje que veía esqueletos andando por la calle, como si tuviera una visión de rayos X. Ya nadie habla de neurastenia. Se abusa de las palabras tanto, que huimos de ellas porque se hacen genéricas y no significan nada. De la neurastenia se pasó a la neurosis, y a las mil clasificaciones de la neurosis. Neurosis de destino, de carácter, de abandono, fóbica, obsesiva, de fracaso, de transferencia, de... Hemos tenido que pasar a las depresiones. Y ya la palabra depresión empieza a no significar nada: ya todo sujeto tiene su depresión, hace su depresión.

—Pero usted sabe que no están muertos.

—Claro, claro. No estoy, naturalmente, loco, aunque visite al psiquiatra. Sé que no están muertos, en el sentido de muertos. Pero, al mismo tiempo...

—¿Cómo relaciona usted esta sensación con su sueño?

—El fin del mundo... Quizá somos seres que nos aproximamos al fin del mundo, y algunos de nosotros tenemos ya esta percepción anticipada.

Aventuré una provocación:

—¿No será el final de su mundo el que le preocupa?

—A fin de cuentas, es lo mismo. Verá usted, yo nací en un mundo que estaba lleno de sentido; me educué en ese sentido. Quiero decir que los habitantes del mundo o, si prefiere reducirlo, del microcosmos en que nacimos y nos formamos, nuestra sociedad, tenía un sentido que estaba formado por otros muchos sentidos, muchas veces contrapuestos, muchas veces afines; todas las ideas en curso en aquella época que no está tan lejana tenían una misma carga de futuro. Podía uno hacer su mezcla personal, si quería: podía mezclar el marxismo con el psicoanálisis, hacer compatible la aventura sexual con la familia, creer en la religión y vivir en el pecado prohibido por esa misma religión. No sé si desbarro: usted dirá, que ese es su trabajo. Todo tenía el mismo sentido: ir hacia el futuro, perdurar, conservarse, pero no estabilizarse. Era un proceso hacia adelante. Lo veían así los fascistas, los nazis; y lo veían los estalinistas, si hablamos en términos políticos. Los creyentes en las religiones dominantes, y aún en las declinantes, lo ponían en un punto incluso más allá de la muerte, lo cual no les impedía tratar de conservar la vida, sino todo lo contrario. Todos compartíamos la falacia de Darwin y la falacia del sentido de la historia.

—¿La falacia de Darwin?

—Sí, Darwin y los darwinistas, y sus mil derivados, nos habían hecho creer que había una evolución de especies, una evolución de nosotros mismos en el sentido de lo mejor. De la supervivencia de los seleccionados para que

estos, a su vez, produjeran seres mejores; y en el sentido de la acumulación del saber, de la experiencia, de la investigación, para que todo fuese hacia mejor. Los periódicos, las noticias, iban siempre en esa línea: la era de los grandes inventos y de los grandes descubrimientos estaba multiplicándose. Lo que se leía era que la Medicina hacía descubrimientos cada vez mejores y más reales, desde la vacuna hasta la penicilina. Eran mejores los alimentos; mejor tratados, enriquecidos con vitaminas, despojados de sus aspectos nocivos. La técnica luchaba contra el esfuerzo del trabajo: entrábamos en la civilización de los botones. Esto es, en la de que apretaríamos un botón y pasaría algo beneficioso. Los aviones, la radio, acortaban distancias entre todos. Se hablaba de un mundo sin fronteras. Hasta se inventaban idiomas absurdos: el esperanto, el volapuk, para que nos sirvieran a todos para comunicarnos de una sola manera. Era un mundo estable, donde se pretendía que las personas y las cosas durasen, sin dejar por ello de evolucionar. Las gentes aspiraban a tener una casa para toda la vida, unos trajes que durasen por encima de las modas: se apreciaba la materia por su duración: las telas, las maderas, los mármoles, los automóviles, los relojes o las personas. ¿Se acuerda usted de cuando la gente ahorrraba? Ahorrar no era un hecho conservador, sino progresivo.

Un sádico anal, sin ninguna duda. Un hombre hecho para sufrir. Se salía un poco de sus propios límites, de su propia silueta terminada, tan definida, para entusiasmarse por el recuerdo del pasado. Sin duda, un enfermo, en el sentido de Stekel, pero yo no lo quería como enfermo. No, no, tendría que desprenderme de él. Otro colega le ayudaría mejor. De un momento a otro iba a presentarme el cuadro absolutamente inverso, su abominación del tiempo presente. Apenas pensaba esto cuando ya cabalgaba su voz —que estaba en tono agudo, y ahora pasaba al grave y lento, a la marcha fúnebre— sobre mi pensamiento:

—Ahora se vive en la atmósfera de lo fugaz, del consumo de ideas, de personas, de materias: en el triunfo de la entropía. Los alimentos matan: están llenos de sustancias tóxicas, cancerígenas. El placer de fumar nos conduce al cáncer de pulmón o, cuando menos, al ahogo del enfisema, y para nuestra circulación y envejece nuestras células cerebrales: la máquina a la que se aprieta el botón, e incluso ya ni hace falta apretar nada, apenas deslizar un dedo, o incluso hablarla, deja a la gente sin trabajo. El automóvil nos mata en cada fin de semana: son unas máquinas torpes y disparatadas que van chocando entre

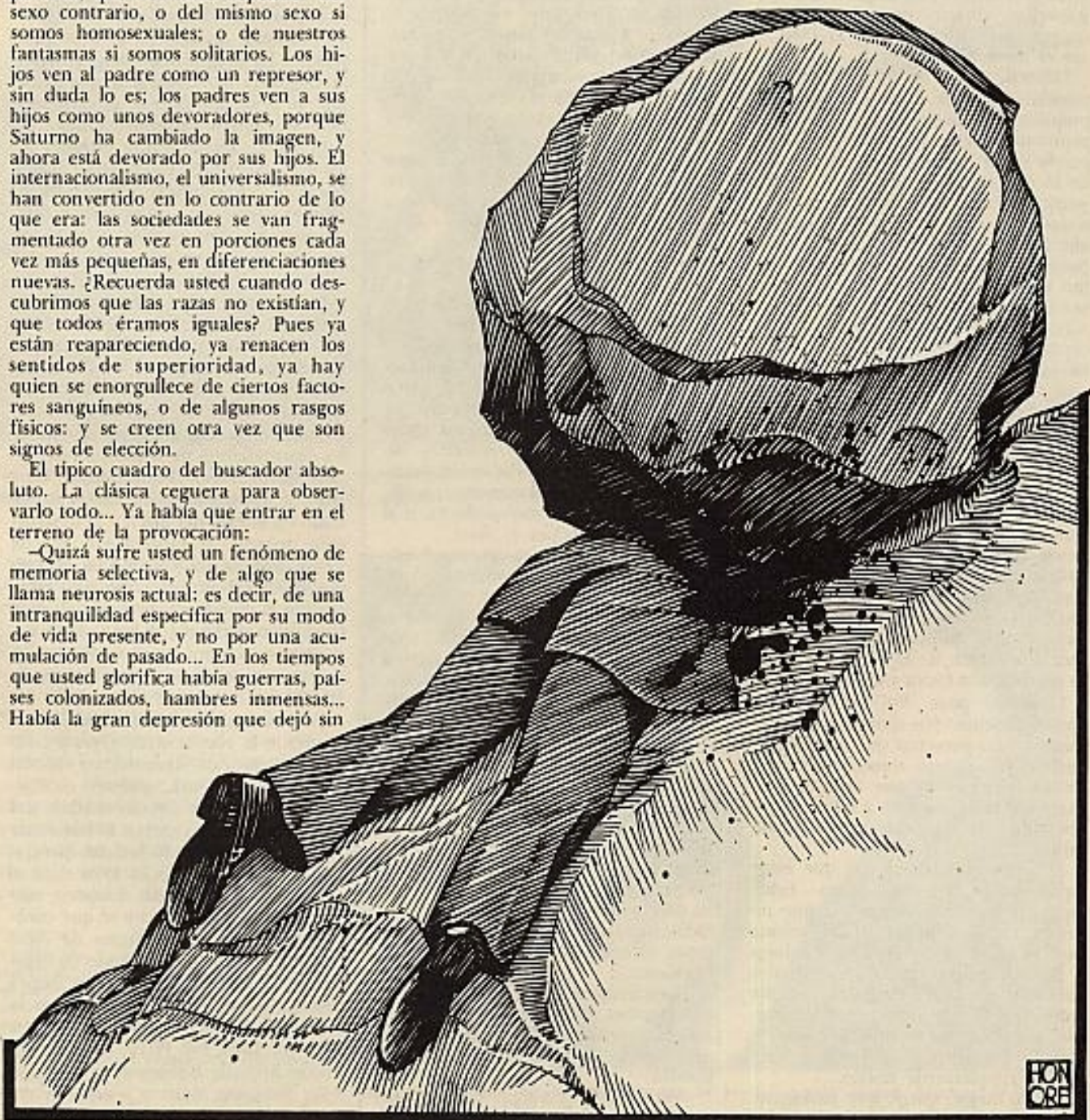
si en las carreteras, repletas de seres que acuden de una manera compulsiva hacia un mar contaminado, del que vuelven con sarpullidos, o con los ojos destrozados... La ciencia inventa nuevas maneras de matar: toda una colección de bombas, cuya emoción apenas dura el tiempo de anunciarlas, porque al día siguiente hay ya otras nuevas... La mujer ve al hombre como a un enemigo ancestral y le combate: el hombre ve a la mujer como a un enemigo nuevo y la tiene miedo y no sabe cómo comportarse con ella. Nunca ha habido mayor libertad sexual, por lo menos en nuestra sociedad, y ya se ve al sexo como un enemigo: algo que nos ata a otra persona, que nos hace depender del sexo contrario, o del mismo sexo si somos homosexuales; o de nuestros fantasmas si somos solitarios. Los hijos ven al padre como un represor, y sin duda lo es; los padres ven a sus hijos como unos devoradores, porque Saturno ha cambiado la imagen, y ahora está devorado por sus hijos. El internacionalismo, el universalismo, se han convertido en lo contrario de lo que era: las sociedades se van fragmentado otra vez en porciones cada vez más pequeñas, en diferenciaciones nuevas. ¿Recuerda usted cuando descubrimos que las razas no existían, y que todos éramos iguales? Pues ya están reapareciendo, ya renacen los sentidos de superioridad, ya hay quien se enorgullece de ciertos factores sanguíneos, o de algunos rasgos físicos: y se creen otra vez que son signos de elección.

El típico cuadro del buscador absoluto. La clásica ceguera para observarlo todo... Ya habla que entrar en el terreno de la provocación:

—Quizá sufre usted un fenómeno de memoria selectiva, y de algo que se llama neurosis actual: es decir, de una intranquilidad específica por su modo de vida presente, y no por una acumulación de pasado... En los tiempos que usted glorifica había guerras, países colonizados, hambres inmensas... Había la gran depresión que dejó sin

trabajo a millares de millares de personas en todo el mundo... Se inventaban los campos de concentración, las cámaras de gas... Había revoluciones, motines, atentados. Piense usted que quizá era peor que ahora. Hablamos ahora del fenómeno del terrorismo como cosa nuestra, de nuestra época; pero a poco que mire usted la historia se lo encontrará siempre, con otros nombres... En cualquier punto del mundo. El «far west» convertido en epopeya por el cine era una sociedad de matones con Colt del 45, que al mismo tiempo exterminaban una raza. El orden republicano de Weimar destrozaba el cuerpo de Rosa Luxemburgo. Había tanta corrupción

que se producían las estafas de Stawiski, las del Canal de Suez o el Canal de Panamá... La vida humana duraba menos que ahora. Y los objetos eternos aburrían, envejecían en las casas. Cuando usted ahora compra un aparato, o un coche, ya negocia con el vendedor su cambio al año siguiente, cuando haya aparecido otro mejor: en lugar de sentirlo como un progreso, como una seguridad de mejora, usted lo percibe como una ansiedad. ¡Y el sexo! Hemos vivido una infancia cargada de represiones: desde la amenaza del infierno hasta la de las enfermedades venéreas; se decía que la masturbación traía consigo la locura, la tuberculosis y un montón de cosas



EL MIEDO

más... Y la que hemos sufrido los varones es incomparablemente menor que la que han experimentado las hembras: asesinadas por sus padres y esposos, encerradas en conventos espantosos, arrojadas de sus casas, destinadas a la prostitución cuando tenían lo que se llamaba «un desliz»: golpeadas, vigiladas siempre, prisioneras en sus casas... Hasta convertirlas en seres fríos o taimados, hipócritas, vengativos... No le extraña a usted que cuando estalla el feminismo esté repleto de agresividades o de injusticias; como no le puede extrañar que cuando gana una revolución comience con toda clase de errores, porque los que la han ganado han sido educados durante siglos para no saber gobernar, dirigir, organizar... ¿Qué quiere usted que pase en el Irán, si no es un caos?

Imbécil, pensé de mí mismo. Este psiquiatra es un imbécil y un mal psiquiatra: nada de lo que le diga al supuesto paciente le puede ayudar, le puede servir, porque no le va a sacar de lo que está viviendo. Ni yo tengo porque contarle mi propia versión del mundo; ni tengo por qué volverme, ahora, su antagonista. Sobre todo, porque no tengo ninguna certidumbre de que lo que le estoy diciendo sea cierto, porque en muchas cosas yo mismo pienso como él. Le estoy colocando un sermón, una clase, y él no necesita eso. Hay que dar un paso atrás.

—Bueno, no es exactamente esto que le estoy diciendo lo que realmente importa: estoy asumiendo un papel, usted me comprende bien, para explicarle que sus puntos de vista no son enteramente válidos, y que cada cosa puede examinarse desde ángulos y puntos de vista muy distintos. No importa cuál sea la verdad, porque no hay verdad absoluta. Quiero, simplemente, decirle que no hay necesidad de separar enteramente lo bueno de lo malo, y atribuir lo bueno a una época y lo malo a otra...

Cada vez peor. No, no lo quiero como paciente. No quiero como pacientes a las personas que me puedan reflejar; no quiero como pacientes a personas que a lo que aspiran es a que cure la época y no a ellos. A que les quite una vejez que no les puedo quitar...

—¿Y por qué cree usted que estoy aquí? —me replica, con sosiego—. Estoy aquí precisamente porque sé que no tengo razón. Porque sé al mismo tiempo que no hay verdades absolutas y porque quiero que haya verdades absolutas, y eso me desgarró y se me convierte en algo insostenible. Porque veo el fin del mundo, y sé que no viene el fin del mundo. Porque tengo miedo, simplemente miedo...

—Sería mejor, quizá, que pasásemos de estos grandes temas a su caso

personal, a su vida diaria, a sus conflictos...

Hace un gesto displicente, teñido de ese desaliento que forma parte ya, y quizá para siempre, de él mismo, de su esencia y de su existencia.

—Es igual, apenas vale la pena. Podría contarle a usted cuántas veces hago el simulacro del amor, cuántas veo el aburrimiento y la tristeza en los ojos de mi compañera; cuántas veces me equivoco en mi trabajo y cuántas dejo pasar la equivocación porque me angustia que al rectificarla cometa otra peor... Le podría hacer un mapa de mi cuerpo y señalarle los vagos dolores que lo recorren: unas veces es una rodilla y otras el corazón, muchas mañanas es una mano como peluda y de largas uñas que me agarra el estómago y me hace devolver el desayuno... Le podría contar lo que son las horas en la soledad de la casa, o el despego de los demás cuando paseo por la calle. Pero, ¿para qué le voy a contar cosas que usted está obligado a saber? Lo que quiero, doctor, es una píldora. Yo, como le he dicho, nací en la época en que se creía en la píldora: «Se administra en píldoritas», decían los cantables, antes de corear cómo es una barbaridad lo que adelantan las ciencias...

Miré el reloj de reojo. Ya hay otro paciente esperando. Ojalá sea un alcohólico, un drogadicto, un enfermo de celos. Con esos no me comprometo más de lo debido: sé cómo manejarlos. No me proyecto yo mismo. Por favor, que no sea como éste, porque no tiene remedio, no tenemos remedio. Dudo entre decirse así: es lo suficientemente inteligente como para comprenderlo; o si darle algo. Opto por el final.

—Usted es lo suficientemente inteligente como para comprender que no está realmente enfermo, ni mucho menos loco. Hay un mal funcionamiento de la adrenalina, eso sí; convendría contrarrestarla de alguna forma. Hay bastantes posibilidades. No deje usted, sin embargo, de analizarse a sí mismo...

Extiendo la receta. Algunas testosteronas, vitaminas con ginseng, un ansiolítico, algo para que duerma tranquilo y sin pesadillas... Poco más que un tratamiento geriátrico. Me da la mano—una mano seca, un poco dura: todavía no se le ha ablandado, no se le ha empezado a fundir—; veo su decepción en el fondo de los ojos, todavía fosforescentes—si no lo fueran tanto, estaría salvado—; le acompaño a la puerta...

La enfermera pasa al otro paciente. Un hombre delgado, anguloso, con toques juveniles en el traje, con los ojos brillantes. Apenas se sienta, comienza:

—Verá usted, doctor, hace unos meses soñé con el fin del mundo... ■ P.

EL TERROR

La vida es una aventura que siempre acaba mal, en un entierro de segunda, si hay suerte. Frente a este principio general el pesimismo es una moral de combate, una salida honorable y una estética. Puede que el pesimista sea un tipo sombrío que ciertamente no constituye el compañero ideal en el asiento del avión o en una merienda campestre, pero nunca es un hortera. Plantearse la vida como un desastre intrínseco, incluso viste mucho. La desgracia ontológica posee la elegancia del traje gris, que siempre se lleva. En cambio el optimista tiene esa alegría radiológica de cabalgata fin de semana, una filosofía de locutor que desea venderte la mejor lavadora del mundo con grandes facilidades. Sentadas estas bases cabe preguntarse qué es más creativo, la esperanza o el miedo, qué es más objetiva la depresión o la euforia.

Hoy existe en el corazón del hombre un terror metafísico que se deriva de su propio poder. Dios creó el mundo en siete días y el hombre tiene el íntimo orgullo de ser capaz de destruirlo en siete horas. La apoteosis atómica es la respuesta por parte de los descendientes de Adán a su expulsión del paraíso. Francamente Dios dejó a Prometeo muy mal encadenado en el este del Edén y la destrucción general, el espectacular fin de fiesta, trabaja día y noche en el interior del ser humano como una escapatória o como un vértigo diabólico. Cualquier político cow-boy puede bajar hoy la palanca y convertir nuestra existencia en pura metafísica, a 10.000 kilómetros de distancia.

Por otra parte el milenario ha comenzado la cuenta atrás. Oyes a cualquier profeta de Amsterdam, visionario de Nueva York, maestro de Calcuta, oráculo de Tetuán o sibila del Rastro y todos coinciden. El horizonte del terror cósmico lo señalan para el año 1983. En esa fecha Dios dará el gran golpe de Estado. Estamos emplazados. Se conjugan no sé qué constelaciones con las profecías de Nostradamus, coincide el cálculo de álgebra astral con ciertos secretos nunca revelados que estaban sellados en la biblioteca de Alejandría. El caso es que en 1983 los Hare Krisnas, los dulces hijos de Ganimedes y los premios del guru Mahara ji esperan ver